

LA POSICION DE SUIZA EN LA EUROPA ACTUAL

A las generaciones que nos han precedido, lo mismo que a la nuestra, se les ha impuesto la necesidad de laborar en favor de la paz, aun cuando estén dispuestas a hacer frente a una guerra eventual. Sin embargo, ninguna generación ha desplegado tantos esfuerzos como la nuestra con vistas a edificar una paz duradera a través de organismos internacionales cuyo número crece sin cesar. Por otra parte, al entregarnos a una carrera de armamentos sin precedente, buscamos los medios que nos permitan sobrevivir a una guerra eventual. El carácter paradójico de esta actitud se pone de manifiesto con mucho relieve, señaladamente en Europa. Esta manera de actuar, toda vez, nos ha sido impuesta en Suiza en razón de nuestras propias insuficiencias, por así decirlo. Existen, por una parte, los organismos fundados en el principio de la cooperación económica, cuyos Estados miembros constituyen la instancia suprema, por ejemplo el Consejo de Europa, la Organización Europea de Cooperación Económica (O. E. C. E.), o más bien la Organización Europea de Cooperación Económica y de Desarrollo (O. E. C. D.), que le ha sucedido, la Comisión Económica para Europa y la Organización Europea para la Investigación Nuclear, por no citar sino a las más importantes entre las organizaciones «horizontales». Por otra parte, hay entidades que no tienen ninguna vinculación militar—al menos en sus estatutos—y que tratan más bien de servir la causa de la paz por la cooperación organizada o, en otros términos, emprendiendo la «construcción de Europa». Se dice, sin embargo, que los verdaderos arquitectos de Europa son aquellos que han creado las organizaciones «verticales», es decir, los organismos internacionales que sustituyen total o parcialmente las soberanías nacionales y tienden a convertirse en super-Estados, cuales la Comunidad Económica Europea (Mercado Común) y la Comunidad Europea de la Energía Atómica (Euratom). Estas últimas son citadas como ejemplos de la «integración de Europa». Son precisamente estas.

organizaciones las que deberían hacer posible la concentración de todas las fuerzas técnicas y económicas disponibles de forma a levantar una sólida muralla al amparo de la cual una Europa racionalmente organizada ofreciera a sus habitantes una existencia digna de este nombre. En fin, tenemos con la Organización de la Europa Occidental una organización horizontal de carácter militar ante todo, que sólo es un pálido reflejo de la Comunidad Europea de Defensa, que hubiera tenido que ser una organización integrada. Mencionemos también la Organización del Tratado del Atlántico Norte (O. T. A. N.) que, aun comprendiendo a los Estados Unidos y Canadá, es una organización que tiene por finalidad la defensa de Europa.

¿Cuál es la posición de Suiza frente a todas estas organizaciones? Se trata de organismos que no obedecen en modo alguno a un criterio general, sino que tratan prudentemente de alcanzar metas realizables, aun haciendo constantes esfuerzos para coordinar las organizaciones que tienen una estructura idéntica o estrechamente emparentada, las organizaciones verticales en particular. Suiza no puede ni tampoco trata de negar el hecho de que, cuando todo se haya realizado, compartirá el destino de Europa entera. Por este motivo, lógicamente debería estar representada con los mismos derechos que los demás Estados de Europa en el seno de las organizaciones europeas más importantes. Además, si se ha de creer a numerosos europeos, Suiza debería estar en la vanguardia del movimiento europeo para servir de modelo, porque ha realizado la armoniosa fusión en una sola nación de diversas lenguas y culturas.

Sin embargo, es precisamente a causa de esta última consideración por lo que Suiza no trata de tomar parte en la dirección del movimiento, habida cuenta de que los suizos saben por experiencia propia cuán largos y cuán penosos resulta forjar una nación viable. Por esta razón, todo el mundo en este país es escéptico frente a la proliferación de organizaciones internacionales puestas en pie en el curso de los doce años que han seguido al fin de la segunda guerra mundial, organizaciones que se presentan como campeonas de profundos cambios de estructura, no sólo en el ámbito económico, sino también en el dominio político. Ciertamente, nadie permanece impasible ante el peligro que corre una Europa dividida. Pero el «caos de pequeños Estados», tantas veces motejado, no puede transformarse de golpe, mediante planes osados, en una unidad real, ni siquiera en una «unidad en la diversidad». De ahí resulta que la opinión generalmente extendida en Suiza es que la cooperación internacional y la

organización horizontal son preferibles, en un porvenir previsible, a la organización vertical. No olvidemos tampoco que los planes de integración sólo pueden tener resultados constructivos allí donde las instituciones han tardado siglos en madurar. Se piensa en Suiza que la «edificación de Europa» debería pasar por el estadio de la cooperación internacional y de la organización horizontal, para alcanzar más tarde el de la integración.

Se comprenderá, pues, probablemente, por qué Suiza era un miembro activo en el seno de la O. E. C. E., y que también lo será en el seno de la O. E. C. D. También forma parte de la Organización Europea para la Investigación Nuclear. Son éstas, para emplear la terminología de las Naciones Unidas, organizaciones técnicas sin carácter político, un criterio útil para determinar si Suiza puede o no formar parte de una organización europea. En efecto, las organizaciones con carácter político pueden atentar a la noción de *neutralidad permanente* que continúa siendo preconizada por la gran mayoría de los suizos, aun cuando más de un suizo estime que tal neutralidad está rebasada. Ni que decir tiene que ésta sólo debería ser un medio y no una meta, no un fin último ni un ideal. Este medio ha dado sus pruebas en el transcurso de los años; no existe, pues, razón alguna para rechazarlo mientras no se haya encontrado nada mejor para sustituirlo. Ciertamente, la neutralidad no es un fetiche para los responsables de la política exterior de Suiza, sino un instrumento que debe impedir que nuestro país se vea implicado en los conflictos y las guerras de otros países. Nuestra política extranjera debe, pues, ser regida por el principio según el cual todo ha de ser puesto en obra para dejar al país fuera de una guerra X, aun cuando fuese puramente teórica. Debe evitar todo vínculo que sea o que pudiera ser de naturaleza militar. Es ahí precisamente donde reside el peligro en un período de coaliciones y de grandes bloques. Se comprende por qué Suiza ha permanecido hasta ahora apartada del Consejo de Europa, cuya evolución final es prematuro prever. Sin embargo, Suiza toma parte en las deliberaciones de esta organización mientras no tratan de un tema de orden militar o de los conflictos entre el Este y el Oeste. Desde 1960, un grupo de miembros de la Asamblea Federal participa en los trabajos de la Asamblea Consultiva sobre los problemas económicos. Ni que decir tiene que Suiza no puede formar parte de la U. E. O., ni, claro es, de la O. T. A. N., por ser estos organismos de naturaleza esencialmente militar.

¿Qué ha de pensar Suiza del principio de la integración de Europa?

Ya se sabe que no es miembro de la C. E. C. A. y que no tiene en cuenta a los que quisieran hacerla entrar en el Mercado Común. El hecho de que Suiza se niegue a adherir al Euratom no es más que la consecuencia lógica de su actitud frente a los dos órganos supranacionales. En los tres casos, no tenemos que enfrentarnos con entidades puramente económicas o técnicas; se trata de organismos esencialmente políticos que buscan, así lo proclaman expresamente sus portavoces, la unidad política de Europa. La neutralidad suiza supone la soberanía, la independencia y autonomía completa, a menos de que se vieran amenazadas de extinción. Señalamos también que este pequeño país depende probablemente, más que la mayor parte de los Estados europeos, al menos los situados al Oeste del telón de acero, de relaciones económicas estrechas no sólo con Europa, sino también con el *mundo entero*. Más de un tercio de su superficie de 41.295 kilómetros cuadrados está sin cultivar y no puede ser siquiera industrializada. Suiza no tiene ningún recurso natural, a no ser la energía hidráulica; esta última no basta, sin embargo, para cubrir las necesidades locales, pese a la construcción intensiva de centrales eléctricas: hay que importar energía. La economía está necesariamente orientada hacia la exportación, sin lo cual no podría alimentar a sus 5.250.000 habitantes; el programa de exportación debe concentrarse siempre más en productos industriales de alta calidad. Es una necesidad vital para Suiza mantenerse en contacto estrecho con el mundo en su conjunto—incluso abstracción hecha del sentimiento de solidaridad que nace de la creciente interdependencia de los pueblos—. El mercado europeo por sí sólo no podría absorber todos los productos de exportación suizos. Por este motivo, la política comercial de Suiza ha de ser elaborada sobre una base mundial. La política de un bloque económico cual la C. E. C. A. o la C. E. E., en las condiciones actuales, ha de ser excluido en provecho de una política de liberalismo económico a la escala mundial. Por esta razón, Suiza figura entre los protagonistas de la Asociación Europea de Libre Cambio (A. E. L. E.). Su política de los transportes está orientada en el mismo sentido: permanece ajena a la idea de una puesta en común de las vías y de los medios de transportes; sin embargo, desempeña un papel activo en las conferencias fructuosas que reúnen de vez en cuando a los ministros de transportes de los diversos países europeos.

El papel de Suiza resulta determinado por una política de independencia, de seguridad nacional y social, en el marco de una política de neutralidad y de solidaridad con todas las naciones europeas y extra europeas. ¿No

será esta empresa casi demasiado atrevida para un pequeño Estado, si se considera que las organizaciones y los tratados internacionales con carácter político parecen ser una condición fundamental de la existencia incluso de los grandes Estados tanto como de los pequeños? Sin embargo, Suiza sigue creyendo que el camino que se ha trazado es el que le conviene, equivocadamente acaso, pero sólo lo dirá el porvenir, que el más sabio de entre nosotros no puede sondear.

CARL DOKA.